Diario de Ávila Digital
Lunes, 22 de Noviembre de 2010

Vivir **20/11/2010** Teatro

Vidas que ya sólo son sombras

'La charca inútil' pone en escena un profundo drama donde lucha la imaginación que bordea la locura con la realidad más inaceptable

Beatriz Mas. Ávila

La 'madre' (izquierda) fue una sombra en el escenario durante parte de la obra.
David Castro

Un profesor sin alumnos es una charca inútil, como lo es un lago artificial sin patos, como lo es la pérdida de la esperanza en una madre que no está dispuesta a vivir una realidad que no puede soportar. Y todo eso fue 'La charca inútil', la obra que ayer se puso en escena en el Lienzo Norte, con tres actores sobre el escenario con una proyección impecable de la voz y en la forma de transmitir los sentimientos.

Y es que ante todo era drama en estado puro, por más que alguna frase hiciese sonreír al público, era pura tristeza sobre el escenario, una de esas tristezas que impresiona al espectador, con la que se siente fácilmente identificado, más allá de la que sea su experiencia personal. Y en ello mucho tuvo que ver el buen hacer de los actores tanto cuando eran protagonistas de la escena como cuando en el cuadro contrario, y en silencio, como una sombra (lo que eran sus vidas) iban transmitiendo los sentimientos de sus personajes.

Y como era cosa de sentimientos, el escenario transmitía sobriedad, con pocos elementos, pero tampoco hacía falta nada más porque lo importante estaba en los propios personajes, en su manera de interactuar y de moverse en ese escenario. En todo momento la obra se puso en escena a través de dos focos de atención, por un lado un parque donde un invisible estanque de patos giraba en todo momento en la conversación. No había patos, primero porque hacía frío y después resultaba que los habían prohibido. «Una sociedad que prohibe los patos porque transmiten enfermedades...» reflexionaba uno de los personajes.

Por otra parte una casa donde una madre vive en un mundo de 'locura', bueno, en verdad vive más allá de la realidad, porque no puede aceptar que su hijo ha muerto y lo mantiene con vida para intentar ser feliz. Desde luego no lo es, pero es la única manera que tiene de enfrentar esa muerte. Y junto a ella, y como nexo de unión de la obra, un profesor que tras la paliza de un alumno ya no puede dar clase más allá de a ese alumno imaginario.

Al final, como no podía ser de otra forma, enamorado de la madre, la obliga a aceptar la realidad, que ya no está Diego (su hijo) pero lo único que consigue es separarse de ella. Y a la vez llega el momento crucial para él, descubrir que cada conversación que ha tenido con un antiguo profesor (tercer personaje en escena) en ese parque sin patos tampoco ha existido porque el profesor también es su imaginación. Y así, ella decide continuar con su mentira y él enfrentarse a la realidad, aunque ninguno de los dos encuentre con ello la felicidad, aunque sí consigan dejar un buen sabor de boca a los espectadores, a pesar de la tristeza de la obra.